

dia suavizar en ocasiones, y su demasiada severidad en las cosas de su gobierno, contribuyeron bastante á atraerse á sí y á los suyos una cadena de desgracias, cuyo origen se irá tratando, que atrasaron completamente la fortuna de su familia. Es cierto á lo menos que estos fueron los pretextos de que se valieron los enemigos de los Colones para hacerlos odiosos al público, y para inspirar al Rey contra ellos la poca opinion y benevolencia que les manifestó, sin haberse desimpresionado perfectamente en órden á sus buenos servicios. La intencion de los Colones era recta, y miraban siempre al bien, y D. Bartolomé especialmente, no parecia tener otra pasion que la de la gloria, y siempre fué celoso al cumplimiento fiel de sus obligaciones; pero importa más de lo que piensan, querer el bien en todo aquello que es posible, y solicitarlo con el buen modo, precaviéndose mucho contra cierta dureza en que degenera fácilmente el celo acompañado del capricho ó de genio áspero; y tambien acordándose que cuando se halla revestida de la autoridad una persona que no es agradable (como acontece á un extranjero, ó á un hombre de nobleza nueva), debe ésta estudiarse mucho en agradar disminuyendo el efecto de su poder y suavizando su severidad. Se verá en la série de esta historia sensibilizada la verdad de esta reflexion.

---

## CAPITULO IX.

---

REBELION DE ROLDAN Y SUS PROGRESOS: MOVIMIENTOS  
DEL ADELANTADO DON BARTOLOMÉ  
PARA SOSEGAR LA INQUIETUD DE ROLDAN.  
AÑO DE 1497.

Antes de partir el Almirante para España habia hecho á un criado suyo, llamado Francisco Roldan, natural de la Torre Jimeno, alcalde mayor de la isla en ausencia suya, y cumplió muy bien este encargo por algun tiempo, siendo juez ordinario en la Isabela. Era hombre de pocas letras, pero muy vivo y de talento; de modo que, con muy poca experiencia en los negocios, le bastaba para administrar la justicia en un país donde no se entendia mucho de pleitos espinosos, por no haber hecho allí asiento la sutileza de los abogados. Por desgracia suya, y de toda la colonia, era

muy ambicioso y el más atrevido y violento de los hombres; de manera que, para satisfacer su ambicion, por poco pierde lo que se habia adelantado en la isla y á los Colones, ocasionando á éstos, mediante sus cavilaciones y rebelion, la mayor parte de los sinsabores que tuvieron. Presúmese que ya el comisario Juan Aguado, por su imprudencia y los malos modos con que trató á Don Cristóbal Colon, le habia inspirado este espíritu revoltoso que tanto manifestó despues; y en efecto, como tenia por cierto que ya no volveria jamás á las Indias el Almirante y no se llevaria nunca á justificar de tantas acusaciones que le habian formado, se decidió al fin á apoderarse del gobierno de la isla. Comenzó por atraer á su partido los marineros y la demás gente baja que le era adicta (por haber sido su sobrestante en el segundo viaje del Almirante), dándoles á entender que los Colones se querian posesionar de todo el pais, diciéndoles que bien veían y sentian cómo los tenían á todos por esclavos, pues se servian de ellos para hacer las casas y fortalezas de aquellos extranjeros; y que pues tanto tardaba el Almirante en volver, para que no pereciesen de hambre ellos y los indios no los consumiesen, convenia calafatear una carabela que estaba en el puerto de la Isabela, y enviarla cuanto ántes á Castilla con cartas para los Reyes Católicos, á

fin de que proveyesen á sus necesidades, y estuviesen entendidos que el Adelantado y su hermano Don Diego se hacian ricos de oro, cogiendo los tributos de los indios y queriendo alzarse con la isla.

Viéndose la gente autorizada por un hombre como el alcalde mayor, ya no murmuraban en secreto, sino que pedian con desvergüenza á D. Diego que la carabela se echase al agua, y no ocultaban mucho la resolucion en que estaban de dar de puñaladas al Adelantado cuando lo pudiesen tener á las manos. Don Diego, que ignoraba todos los progresos de este motin, creyó poner remedio apartando á Roldan de su destino con pretexto honroso. Tenia aviso que los indios de Guarionex no pagaban el tributo y andaban inquietos: valióse de este motivo para enviar á Roldan con una buena escolta de gente de la Concepcion, á fin que reconviniese al cacique Guarionex de su obligacion y le precisase á cumplir con su deber. Viéndose el alcalde mayor á la cabeza de unos soldados escogidos, trató de ganarlos, y á los que no se dejaron seducir les quitó las armas y los despidió. Hizo más, pues para entretener á los Colones y darles que hacer, léjos de obligar al cacique á la paga de los tributos, le persuadió de lo contrario, fomentando su desobediencia, y le empeñó á tomar las armas;

pero fué desbaratado su ejército por el Adelantado como se ha referido. Despues de esto volvió á la Isabela, y con el gobernador Don Diego se portó ya sin reserva y con la mayor desvergüenza.

El primer acto de hostilidad que ejecutó, fué tomar por fuerza las llaves del almacén real y hacer pedazos las cerraduras: se apoderó de cuanto necesitaba de armas y bastimentos, que distribuyó á sus compañeros: lo mismo hizo con los ganados del Rey, llevándose lo mejor, y despues de haber injuriado y hecho muchos insultos á Don Diego (el cual, para asegurar su vida, se vió obligado á meterse con gran presteza en la fortaleza con la gente que pudo juntar), se fué con setenta hombres bien armados para la plaza de la Concepcion, sublevando contra el gobierno todos los pueblos comarcanos de indios. Su intento era apoderarse de la fortaleza de la Concepcion, pareciéndole que de este modo seria muy fácil sujetar la isla. Acercóse á ella, poniéndose en un lugar del cacique suyo, llamado Marque, que dista dos leguas de la fortaleza de la Concepcion, para ejecutar su proyecto en llegando la ocasion; pero teniendo alguna sóspecha de lo que podia suceder el castellano de la fortaleza Ballester, le puso buena guardia y le cerró las puertas; y como habia ocurrido á la defensa de

esta plaza el Adelantado, avisado por el castellano del riesgo en que se hallaba, no se atrevió Roldan, que conocia el valor de su general, á acometerle, y se retiró.

No dejó el Adelantado de admirarse de los rápidos progresos que habia hecho en tan poco tiempo esta revolucion: supo, en su camino á la fortaleza de la Magdalena, la rebelion de Francisco Roldan, por lo que se pasó á la Isabela, de donde no salia, temiendo que lo más de la gente siguiese á Roldan; pero lo que más le entristeció fué el saber que muchas personas principales, y en especial Diego de Escobar, alcaide de la Magdalena, se habian declarado abiertamente por aquel caudillo rebelde. No sabiendo ya de quién fiarse en una situacion tan critica, convino con su hermano Don Diego el partido que se debia tomar para apagar tanto fuego: por eso habia venido con tanta diligencia á la Isabela; y en esto tuvo noticia de todo por el alcaide Ballester, cómo se atentaba á su vida, y le exhortaba á que se fuese á la Concepcion para que no le matasen. Siguió su consejo, y se encerró en dicha fortaleza, que dista como quince leguas de la Isabela. Pensando que no era fácil reducir á ese rebelde por via de fuerza sino con modo, le envió á Malaber para que le dijese de su parte que mirase por el bien de la isla, y le persuadiese viva-

mente con la consideracion del deservicio que hacia al Rey y del daño que se seguia á los cristianos, estando ya tan insolentados los indios, que dejase las armas.

El enviado no pudo conseguir otra cosa de Roldan más que, bajo de seguridad, fuese á hablar con Don Bartolomé á la Concepcion. En efecto, se hablaron desde una ventana del castillo; y lo que resultó de esta conversacion, fué que se agriaron más los ánimos, y se fué Roldan más animado que nunca á llevar adelante sus ideas revoltosas. Su mira era hacerse dueño de la fortaleza de la Concepcion; pero como no tenia fuerzas suficientes para lograr su intento, se retiró entretanto á las tierras del cacique Manicatoex, del cual sacaba el tributo que daba para los Reyes, le acariciaba y tenía grato, dando todo género de licencia á su tropa, y con esto se le unia más gente de los nuestros, que por el hambre desertaban soldados de todas las guarniciones, y se hacia más bravo y soberbio Roldan, perseverando en haber á las manos á Don Bartolomé, cercándole en la Concepcion.

Año de 1498.—Hallábase D. Bartolomé bien apurado en estos trabajos, que consideraba interminables, cuando Dios quiso que respirase un poco con la llegada de dos navios cargados de víveres, mandados por el sargento mayor Pedro

Fernández Coronel, hombre de mérito y muy afecto á los Colones. Surgieron en el puerto de Santo Domingo, á tres de Febrero de mil cuatrocientos noventa y ocho estas carabelas que el Almirante, no sin grande instancia, habia conseguido de la Corte que se enviasen delante, por considerar el peligro que podia originarse de su tardanza, y para remediar la necesidad que presumia habia en la isla. Luego que tuvo aviso el Adelantado de la llegada de estos navios, se fué á Santo Domingo; y como lo supo tambien Roldan, le siguió de cerca con ánimo de proveerse de lo que le faltaba, y con la esperanza de traer algunos de la tripulacion á su devocion; mas reconociendo que su enemigo lo habia previsto y puesto buenas guardias en los pasos, no se atrevió á atacarle, y más cuando los de aquella ciudad y los que iban en las carabelas no estaban en sus intereses: se detuvo con su gente cinco ó seis leguas de Santo Domingo.

Deseando el Adelantado que el Almirante, á su llegada, hallase la isla sosegada, volvió á proponer á Roldan condiciones y tratos de paz, lisonjándose de que serian atendidas, tanto más cuanto que el capitan Pedro Fernández Coronel, que enviaba para ese fin, por ser hombre honrado y de autoridad pública en todas partes, era testigo de vista del buen recibimiento que

se habia hecho en España al Almirante, y que los Reyes Católicos le favorecian de tal manera, que no solo le habian prometido engrandecerle, sino que le despacharian á toda su satisfaccion con todo el armamento que pedia, y que así no tardaria en venir á la isla con seis navíos. Este capitán le habia traído á Don Bartolomé sus despachos firmados del Rey y de la Reina, en que le confirmaban el título de Adelantado de las Indias, que su hermano le habia dado, y se quiso encargar de esta comision de buena gana.

Fué adonde estaba Roldan; pero apénas le vieron los que estaban de guardia, le asestaron sus ballestas y le detuvieron, gritándole: « ¡Teneos ahí, traidores! que si hubiérais tardado ocho dias más, fuéramos todos unos. » Con todo eso, habló Coronel con el gefe de los rebeldes, rogándole que se apiadase de la colonia, que destruía con tanto rigor y exceso, representándole con vehemencia que no podía salir bien de una empresa tan odiosa y que causaba tanto daño á los intereses de su Soberano. Pero Roldan le miró con tanto desprecio, que hubo de volverse Coronel con fuerte sospecha de que tenia este rebelde grandes recursos que se ignoraban. Volvióse tambien Roldan con los suyos á su alojamiento, y se supo de allí á poco que se habia ido para Jaragúa á la provincia de Suraña, con intencion de que-

darse allí, por ser la tierra más deliciosa y abundante de la isla, y los indios, respecto de los demás de los otros pueblos de la Española, más sabios y cultos, y especialmente porque las indias eran las más hermosas y de más agradable conversacion que las otras, que era lo que más le incitaba á ir á la referida provincia y mantenerse en ella, hallando todo á propósito para solazar su vida licenciosa.

No bien hubo llegado Roldan á la provincia de Jaragúa, que se declaró el alzamiento de los indios de esta provincia, y se levantó el Rey, para castigarle, y para castigarle le habia impuesto un orden del Rey, para que no pudiese salir de ella, sino las cosas de sus alhajas, lo mismo debía á los demás indios, trayéndoles suaves y á sus intereses, pero no se pasaba mucho tiempo sin que los indios mayores capitales de oro y de otras cosas de la tierra, sin otras pensiones que las que debian pagar al Rey de tributo. Ocupado Roldan en atender en partido con estos y otras cosas, se

268

---

CAPITULO IX.

---

ENTRAN EN LA REBELION DE ROLDAN ALGUNOS CACIQUES PODEROSOS: VA CONTRA ELLOS EL ADELANTADO, Y PRENDE A LOS REYES GUARIONEX Y MAYOBANEX Ó MAMIGAUTEX.

No bien hubo llegado Francisco Roldan á la provincia de Jaragúa, que se declaró al cacique que venia á libertarle de un tributo que el Adelantado le habia impuesto sin orden del Rey, quien no queria las haciendas sino los corazones de sus aliados; lo mismo decia á los demás caciques, trayéndoles suavemente á sus intereses; pero no se pasaba mucho tiempo sin que les exigiese mayores cantidades de oro y demás frutos de la tierra, sin otras pensiones que las que debian pagar al Rey de tributo. Ocupado Roldan en acrecentar su partido con éstas y otras mañas, se

supo en Santo Domingo, que los vasallos de Guarionex, vejados más que nunca de ambos partidos, le habian persuadido fuertemente (ayudados de las instancias de los amotinados) á que, aprovechándose de la division que reinaba entre el Adelantado y Roldan, tratase de procurar su libertad; pero como Guarionex era hombre naturalmente pacífico, tuvo por ménos mal, para huir igualmente de los daños á que se exponia con nueva sublevacion, y de las exhortaciones de sus insaciables vencedores, dejar su provincia y retirarse con su mujer y hijos, y mucha de su gente, á los ciguayos; pueblos guerreros que habitaban hácia el cabo Cabron, y fué muy bien recibido de Mayobanex, soberano de estos Estados.

El retiro de este cacique á otras provincias privó á los castellanos del producto de un tributo crecido, por lo que inmediatamente lo echaron ménos los de la Concepcion, y avisaron á Santo Domingo que se habia alzado Guarionex, por cuyo motivo se apresuró el Adelantado á ir á castigar su rebelion. Fué con noventa hombres de á pié y algunos de á caballo en demanda del cacique; y despues que hubo atravesado unas grandes sierras bien ásperas, que dividen la provincia de la Vega Real de los ciguayos, y bajó al valle por donde corre un caudaloso rio, supo que lo esperaba un ejército de indios armados. Fué

á ellos, y le recibieron con una infinidad de flechas que le dispararon sin causarle daño alguno, y al fin se retiraron á los montes. No juzgó conveniente el Adelantado seguirlos, sino esperar allí para darles una buena entrada si no querian reducirse por bien; y entretanto los indios daban algunas salidas, flechando á algunos castellanos que encontraban descuidados, á unos cuantos cogieron y dieron muerte violenta. Entónces juntó sus tropas el Adelantado y persiguió con ardor á estos bárbaros dispersos por los montes, haciendo en ellos una gran matanza y prendiendo algunos. Habiendo descubierto D. Bartolomé dónde se hallaba Mayobanex escondido con sus tropas, marchó contra él en muy buen orden; pero ántes le envió á decir con uno de los indios presos, que no venia á hacerle la guerra sino en busca de Guarionex, y le protestaba que seria su amigo si le entrega á ese cacique; que de no, no le daria cuartel y destruiria sus Estados. La respuesta de Mayobanex fué: que Guarionex era hombre de honor, y nunca habia hecho mal á nadie, mientras los castellanos eran unos usurpadores que venian á quitarles sus Estados; que no era tan vil para entregar á un cacique amigo suyo y bienhechor, reducido al extremo de valerse de él; y pues se habia refugiado en su señorío, no lo habia de desamparar; que no queria su amistad.

Con esta respuesta, el Adelantado le hizo la guerra con más esfuerzo, y hizo mucho daño la tropa castellana en todo el país. Viendo la gente de Mayobanex tanto daño que se le hacia, y que no podia subsistir mucho contra el Adelantado, le suplicaban que para excusar la guerra extrajese á Guarionex; pero no habia forma, porque les aseguró de nuevo, que por ningun riesgo que le viniese, le habia de desamparar: mandó llamar al instante á aquel Principe, y le manifestó su generosa resolucion, que enterneció á Guarionex: se abrazaron mutuamente, lloraron entrambos, y Mayobanex, ofreciéndole de nuevo que le habia de defender, aunque perdiese su reino, mandó ocupar con sus indios todos los desfiladeros de los montes, y que se matase á cuantos españoles encontrasen en todos los ataques que se hiciesen contra ellos con ventaja. Conociendo el Adelantado que en la situacion presente en que se hallaba, más le tenia cuenta ganar la voluntad de los indios que subyugarlos por fuerza, hizo otra tentativa para empeñar al cacique Mayobanex á admitir proposiciones de paz, enviándole dos cautivos que habia tomado en la guerra, y fué tras de ellos con diez hombres de á pié y cuatro caballos, y halló muertos á sus mensajeros de orden del cacique, quien por toda respuesta les habia mandado matar, y se preparaba para la

guerra, que consideraba inevitable. Entónces determinó el Adelantado juntar su gente y presentarse á la batalla delante del ejército enemigo, que era bastante numeroso; pero él, que apenas vió la buena ordenanza de las tropas castellanas, que espantado se desbarató, huyendo los indios á los montes y dejando los dos caciques solos á la merced de nuestras tropas victoriosas, que acordaron refugiarse tambien en lo más espeso de los montes, donde el Adelantado con treinta soldados escogidos, despues de haber dado licencia á lo restante de su gente para retirarse, los fué buscando de monte en monte. Supo despues por dos ciguayos que se encontraron al acaso adónde se habia ocultado su cacique; y doce castellanos que hizo disfrazar en el traje de indios, porque se ofrecieron á ejecutar este ardid, desnudos y untados de una cierta tinta negra y colorada, á la manera de aquellos bárbaros cuando van á la guerra, con dos ciguayos por guías, y sin otras armas que sus espadas envueltas en unas hojas de palma que llamaban *yaguas*, llegaron en este equipaje adonde estaba Mayobanex con su mujer, hijos y parientes, y sin resistencia alguna los aseguraron, y presos los llevaron á su general, quien con ellos se fué á la Concepcion.

Habia entre los presos que se habian cogido una prima de Mayobanex, muy hermosa y pren-

dada, y por lo mismo muy querida de los ciguayos, y casada con uno de los principales señores de aquella tierra. Su marido, que tambien andaba fugitivo por los montes, luego que supo su cautiverio, congregó sus vasallos, y fué con ellos por el camino de la Concepcion, y anduvo con tanta violencia, que en pocos dias alcanzó al Adelantado, y postrándose á sus piés, con muchas lágrimas le suplicó le devolviese á su mujer, y el Adelantado con mucha generosidad se la mandó entregar, acariciándole, porque vió en él buenos modos, y no quiso exigir rescate alguno; pero bien pronto recibió el fruto de su liberalidad, porque habiendo quedado este señor tan obligado, hizo más de aquello á que lo hubieran podido obligar. Dejóse ver de allí á poco tiempo con cuatro ó cinco mil hombres con coas, que son palos tostados, que usaban esos pueblos en lugar de azadas, pidió que se señalase terreno para cultivarlo y sembrarlo de trigo: se aceptó su oferta, y lo beneficiaron tan bien y breve, que valdria entónces treinta mil ducados(\*). Se lisonjearon los ciguayos vasallos de Mayobanex, que pues el Adelantado habia usado de tanta generosidad con la prima de su Soberano, que tambien alcanzarían para él mismo su libertad. No ahorraron para conseguirla, ni lágrimas, ni ruegos, ni pre-

(\*) Herrera.



sentés; pero todo fué inútilmente, queriendo D. Bartolomé hacer un ejemplar que contuviese á todos aquellos reyezuelos en sujecion. Entregó libre á los ciguayos toda la familia del cacique; pero en cuanto á la libertad de este Rey, fué inexorable. Consternados los ciguayos, descargaron su enojo y dolor sobre el desgraciado Guarionex, y le entregaron á los castellanos; pero no por eso logró su libertad Mayobanex, que fué llevado á la Concepcion, donde se le formó su proceso, y convencido del delito de rebelion, fué mandado ahorcar.

### CAPITULO X.

TERCERO VIAJE DEL ALMIRANTE COLON: DESCUBRE LA ISLA DE LA TRINIDAD Y LA TIERRA FIRME: HALLA EL GOLFO DE LAS PERLAS Y LA ISLA DE LA MARGARITA, Y SE VUELVE A LA ESPAÑOLA.

AÑO DE 1498.

Estaban las cosas en estos términos cuando entró el Almirante por la primera vez en el puerto de Santo Domingo: pero volvamos á la descripcion de lo que pasó en la corte de los Reyes Católicos, ántes de conseguir sus despachos para el tercer viaje que hizo en el Nuevo-Mundo. Hemos referido cómo bien de espacio se trataba de su armamento, oponiéndole todos los dias nuevos obstáculos, y parecia que toda la mira de los ministros reales era cansarlo y enfadarlo, y así anduvo mucho tiempo haciendo las más vivas dili-